

Wallace Stevens en el paraíso

Nota y traducción de Pablo Ingberg

Si fuera ilustrativo, y sólo a ese fin, acudir a los podios que suele compaginar y descompaginar la holgazanería mental de los comentaristas, con auxilio de la tía universitaria y los dadores de premios, no quedaría desheredado de ilustres menciones el poeta estadounidense, abogado especializado en seguros (vicepresidente de la Harford Indemnity Co.) y coleccionista de pintura (Braque, Picasso, Gris) Wallace Stevens, nacido en 1879 y fallecido en 1955, año en que obtuvo el premio Pulitzer por sus *Poemas escogidos*.

Para muestra, basten otros dos botones. Harold Bloom, eminencia y decano de la crítica literaria estadounidense, se remite a Stevens a la hora de destacar a un poeta de su país entre todos los del siglo XX. Otro crítico, Ivor Winters, considera “Domingo a la mañana”, que aquí se acompaña traducido fragmentariamente, el poema estadounidense más bello del siglo XX.

Antes de estudiar en la Escuela de Derecho de Nueva York, el futuro poeta Wallace Stevens siguió algunos cursos en Harvard, donde tuvo como profesor, entre otros, al ensayista y poeta hispanoestadounidense George Santayana. De esa época, 1900, data la publicación de *Interpretación de la poesía y la religión*, un libro de Santayana cuyo título, en cuanto relaciona poesía y religión, ayuda a describir un aspecto central en la poética que desarrollaría su alumno, al igual que esta frase extraída de sus contenidos: “La idealidad más alta es la comprensión de lo real. La poesía no alcanza su punto culminante cuando pinta una experiencia ulterior posible, sino cuando nos inicia, fingiendo algo que como experiencia es imposible, en el significado de la experiencia que realmente hemos tenido”.

Para mayor (y mejor) ilustración, vayan estos dos de los ocho “subpoemas”, de quince versos blancos cada uno, que conforman “Domingo a la mañana”, tal vez el poema de Stevens más conocido y antologado, donde una imaginaria católica (he ahí parte esencial de su rareza, en un país marcado por el puritanismo) se enriquece con fuerzas religiosas paganas en su búsqueda de crear un atisbo de realidad más allá (más acá) de la realidad.

Sunday Morning

VI

*Is there no change of death in paradise?
Does ripe fruit never fall? Or do the boughs
Hang always heavy in that perfect sky,
Unchanging, yet so like our perishing earth,
With rivers like our own that seek for seas
They never find, the same receding shores
That never touch with inarticulate pang?
Why set the pear upon those river-banks
Or spice the shores with odors of the plum?
Alas, that they should wear our colors there,
The silken weavings of our afternoons,
And pick the strings of our insipid lutes!
Death is the mother of beauty, mystical,
Within whose burning bosom we devise
Our earthly mothers waiting, sleeplessly.*

VII

*Supple and turbulent, a ring of men
Shall chant in orgy on a summer morn
Their boisterous devotion to the sun,
Not as a god, but as a god might be,
Naked among them, like a savage source.
Their chant shall be a chant of paradise,
Out of their blood, returning to the sky;
And in their chant shall enter, voice by voice,
The windy lake wherein their lord delights,
The trees, like serafin, and echoing hills,
That choir among themselves long afterward.
They shall know well the heavenly fellowship
Of men that perish and of summer morn.
And whence they came and whither they shall go
The dew upon their feet shall manifest.*

Domingo a la mañana

VI

¿No hay en el paraíso ningún cambio de la muerte?
¿El fruto ya maduro nunca cae? ¿Las ramas
Cuelgan siempre cargadas en un cielo perfecto,
Sin cambios, pero imagen de nuestra tierra efímera,
Con ríos similares a los nuestros, en busca
De mares que no encuentran jamás, las mismas playas
Que jamás tocan con dolor no articulado?
¿Por qué ubicar perales al borde de esos ríos
O perfumar las playas con aroma a ciruelos?
¡Ah, si vistieran ellos allí nuestros colores,
Los tejidos sedosos de las tardes nuestras,
Y pulsaran las cuerdas de nuestros insípidos laúdes!
Es la muerte la madre de la belleza, mística,
En cuyo seno ardiente nosotros ideamos
A las madres terrenas esperando, insomnes.

VII

Flexible y turbulento, un círculo de hombres
Va a cantar en orgía, un día de verano,
Su tumultuosa devoción al sol,
No como dios, más bien como un posible dios
Que, desnudo entre ellos, manara agua salvaje.
Su canto será un canto propio del paraíso,
Brotado de la sangre de ellos, que vuelve al cielo;
Y entrarán en el canto, voz por voz,
El lago al viento donde su señor se deleita,
Los árboles, como ángeles, y colinas con ecos
Que hacen coro entre sí mucho después.
Sabrán del celestial compañerismo
De hombres que perecen y de mañanas de estío.
Y de dónde vinieron y adónde habrán de ir,
El rocío en sus pies lo manifestará.